

Dos astros de la constelación

Hace unos días murió en Málaga el poeta Jorge Guillén; lo había presenciado algo más de treinta y dos años en la muerte su gran amigo Pedro Salinas, a quien acompañó, en Boston, en su último día. Se han presentado ahora en Madrid los ensayos de Salinas, los presento como poeta, en que la poesía lo abandonara nunca. Entre los libros de ensayo de Pedro Salinas se cuenta El Defensor, que yo conocí en 1951, cuando todavía vivió su autor—quizá el único comentario en España de ese libro. Lo escribí en Witley, cuando ocupaba la cátedra y la casa en Norfolk Terrace de Jorge Guillén, cuando aquel año. Volví unos días con ocasión de la muerte de su íntimo amigo Salinas, y hablamos largamente de él y de tantas cosas.

En mi viejo libro Ensayos de Convivencia está el artículo sobre El Defensor, y otro, "Pedro Salinas en la Frontera", escrito el mismo día de su muerte. Y allí está también un ensayo, "Constelaciones y Generaciones", complemento de la teoría generacional inspiro precisamente por el caso de estos dos escritores. Sobre ambos había escrito antes, aunque ahora se cree que no se sabía nada en España de los españoles enigrados. En 1948 escribí "Una Forma de Amor: la poesía de Pedro Salinas", al año siguiente apareció el diccionario de Literatura Española de la Revista de Occidente; los artículos sobre los dos poetas estaban firmados por mí.

Con ambos me unió una fuerte amistad, muy larga en el caso de Guillén, cimentada en una relación que nunca ha decrecido. Salinas, tan alegre, tan lleno de entusiasmo por la belleza, tuvo una delicada enfermedad: no sólo por la larga y dolorosa enfermedad, sino por una pasión de España que lo tenía en carne viva. Desde su salida en el verano de 1938 no volvió nunca. No pensaba más que en España; no se

ría como el pez fuera del agua—emergido transitoriamente en ella, lo hizo para respirar, cuando estaba en París. Pero, desde que lo trajo dentro el último sueño; cualquier cosa de España—unos estrechos marítimos, un poco de carne de mar—lo devoró hasta las ídolas. ¿Por qué no volvió nunca, confundiendo su patria con sus gobernantes? ¿Tal vez lo disuadieron de ello, con una sutil coacción que se ejerció sobre todos?

Guillén supo defenderse, y hacía veinte décadas que no se privaba de España, manteniendo su más clara independencia. Tenía una auténtica vocación de letrado, y la vocación casi siempre se resalta. Su obra poética lo refleja asombrosamente. Gozaba de casi todo: del amor, de los poetas, de los libros, de los amigos. Nunca olvidó al fin de semana que pasó con nosotros—ni mujer y nuestros cuatro hijos, que entonces vivían entre ocho y dos años—ni New Haven, cuando enseñaba su filosofía en Yale. Lo dejaron al fin de arriba (su domicilio, un cuarto de baño, una sala enteros. Uno de nuestros hijos lo preguntaba: "¿Y no tendrás miedo solo ahí arriba? ¿Y si te levantas por la noche y lees un poema al mundo?". Guillén se reía y decía que eso era probable. Y los años decían a veces: "Es el único poeta importante que es amigo nuestro".

Salinas y Guillén eran los dos poetas más viejos de la llamada "generación del 27". Nunca creí que perteneciesen a la misma generación que los demás, sino a la anterior (a la misma de Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Ortega). Pero como escritores indudablemente formaban grupo con los más jóvenes que ellos. Era de la misma constelación. No muy precoces (sobre todo, poco precoces: entre la normal precocidad de los poetas), escribieron, publicaron o lo que los "del 27", en las mismas revistas y editoriales; sus libros aparecieron al mismo

tiempo (o un poco después). Fueron estrechos amigos de todos ellos, y convivieron siempre una estrecha solidaridad con sus coetáneos literarios, por encima o por debajo de tantas divisiones. Los heterodoxos de la literatura hacen bien en englobarlos y estudiarlos juntos.

Los hispanistas más afortunados, los que se interesan por el fondo de la realidad histórica, harán bien en investigar los sutiles diferencias que separan a Salinas y Guillén de los demás. Ante todos sus figuras personales, quiero decir su estilo vital, su manera de hablar, su forma de lo esencial y concreto, su manera de sentir la amistad. En segundo lugar, su actitud ante España y sus problemas, el grado y la cualidad de su interés por lo que pasa en el mundo, sus últimas devociones, por debajo de las vigencias en cada momento. Finalmente, volviendo a la literatura, a la poesía, creo que, si se escucha bien, se percibe una tonalidad sensiblemente diferente.

Salinas tuvo una vida relativamente corta, sesenta años; después del desmoronamiento de la patria civil y la turbulencia de la mundial, le quedó poco tiempo para enseñarse y enseñarse. En muchos sentidos su figura quedó truncada, sin plena expresión. Literariamente, su insalvable cima es La Voz a Ti Dedicada, publicada hace ahora justamente medio siglo, y que sigue vibrando como entonces.

Guillén ha tenido un largo tiempo para vivir, para escribir, para iniciar diversos trayectos que algunos deberían estudiar, para volver, para quedarse, meterlo en un cajón con etiqueta, rodeado de adjetivos venerables. Merece algo más. Por gratitud a su noble figura, a su obra prodigiosa, a su fidelidad a muchas cosas dignas de ella. Pero todavía más porque los españoles tienen el deber, y más aún: la necesidad, de apoderarse de sus libros, de sus riquezas

inalienables, de aquello que constituye lo mejor de su realidad.

¡Qué mal poseemos lo que tenemos! Desde nuestra historia, esa desconocida, hacia los hombres y mujeres, claro, que constituyen nuestra más profunda realidad. Sin salir de nuestro siglo, en tantos sentidos acambrados, tenemos en barbecho lo más sustantivo de nuestra cultura. Se cuentan con los dedos los libros salientes sobre nuestros mayores creadores. Los dejamos pasar, en medio de la indiferencia o la hostilidad; cuando mueren se derraman sobre ellos el agua, sobre todo si los inspiran desde fuera; pero no es eso lo que interesa, sino poseerlos, estudiarlos, apropiárselos, alimentarse de ellos, dejarlos vivir en nosotros. Si se pasara revista a los grandes de España que han vivido en este siglo, daría pena de llorar de rabia medir en qué grado son poseídos, comprendidos, continuados, resucitados por sus compatriotas—y llame así a todos los que habían nuestra lengua.

Salinas y Guillén eran dos astros de primera magnitud en esta constelación que llamamos con el año del centenario de Góngora, año en que no pasó casi nada, y desde luego nunca que en los que le flanqueaban. Formaban parte de esa configuración estelar, independiente de las distancias reales entre las diversas estrellas, que resulta clara, inteligible, resplandeciente. Pero una constelación no es un nahuel: es un grupo de estrellas individuales, distintas aunque agrupadas, inconfundibles: así es como ficamos todo su valor. Si Salinas y Guillén representaban, como creo, una modalidad histórica peculiar, por ellos debería empezar la delicada operación de comprenderlos en todas sus dimensiones, para que no se olviden ni se pierdan, para que puedan reflejar con su luz propia.

Julián Marías.

Dos astros de la constelación [artículo] Julián Marías.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marías, Julián, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dos astros de la constelación [artículo] Julián Marías.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

del Cda, Barcelona, 22-V-1984 p. 3.
32265

